

Las creaciones alrededor del Santo Hermano Pedro

Haroldo Rodas Estrada

El espíritu creativo que el hermano Pedro ha inspirado a lo largo de la historia, desde 335 Años atrás ha dejado una secuela de obras que integran parte de un patrimonio en el que se ven reflejados variados aspectos que nos demuestran la interculturalidad y la riqueza creativa de los guatemaltecos, que han dejado una muestra constante de la forma en que contemplan sus ideales cristianos.

Las formas de ver al Hermano Pedro arrancan desde unos pocos años después de su fallecimiento. Algunos defiende la tesis que el primer retrato que se hizo del venerable Hermano fue un poco antes de que falleciera, esto resulta incongruente, ya que en el sentido de contemplación artística, el retrato, especialmente el que se hizo a partir del siglo XVI está dirigido para exaltar la personalidad, lo cual contradice los principios de humildad y pobreza que el nuevo santo poseía.

Al ser miembro de la comunidad terciaria franciscana le estaba vedada la posibilidad de posar frente a un pintor, sus principios no se lo permitían, ni siquiera sus amigos más cercanos como pudo suceder con el padre Francisco Vázquez o bien el capitán don Antonio de Montúfar, el primer historiador y miembro de la comunidad, mientras que el segundo tuvo un papel protagónico en el orden administrativo gubernamental y fue además pintor ocasional.

Esto hizo que los personajes citados hiciesen perfiles de virtudes y retratos tanto literarios como artísticos del Hermano Pedro hasta pasado un tiempo después de su muerte y quizás, el punto de partida de aquellas obras fuese precisamente la instalación de la Orden Bethlemita en la ciudad de Santiago de Guatemala, hoy antigua, en 1697, cuando se celebra una gran ceremonia que incluye procesiones, festejos y sermones que exaltaron la vida y obra de quien para entonces era tan solo candidato a siervo de Dios.

A pesar de esto, el proceso continuó y las expresiones alrededor del Hermano Pedro siguieron manteniendo latente el hecho de que, no hay expresión sin lenguaje, ni sentimiento sin arte, ya que en esto se basan los más singulares aportes que el hombre produce a través del lenguaje escrito y plástico para dejar una huella acerca de un hecho u hombre, más aún cuando el motivo de inspiración se centra en el aspecto espiritual o divino, tal y como sucede en todas las religiones surgidas en el orbe mundial.

Después del acontecimiento citado, la imagen del Hermano Pedro se continuó difundiendo, las formas fueron variadas, aparecieron retratos de cuerpo entero, otros de medio cuerpo y finalmente versiones grabadas y en hojalata que nos internaron en el siglo XVII, XVIII y finalmente hacia el XIX y XX, legándonos un valiosísimo patrimonio que es difícil de dimensionar a simple vista.

Este fue el motivo de interés de algunos estudiosos con motivo de la canonización, primero en el suplemento que acerca de las huellas del Hermano Pedro editó la revista Galería de la Fundación G y T, con una sección de retratos del hermano Pedro en la pintura colonial realizada por Miguel F. Torres Rubén y Gustavo Avalos Austria, quienes se internan en este campo con siete referencias pictóricas compiladas en iglesias y colecciones particulares.

El trabajo denota calidad y profundidad acerca del tema, pero se limita a pocos ejemplos, ya que solo forma parte de un conjunto de apreciaciones en torno al Hermano Pedro, con el objeto que el lector pueda contar con un panorama global de la vida, virtudes y trascendencia que el nuevo santo tiene no sólo para Guatemala, sino que para el mundo. Sin embargo, no por lo reducido del espacio en que está incluido deja de aportar interesantes aspectos que buscan motivar al lector para internarlo en un aspecto hasta ahora poco tratado en torno al Hermano Pedro.

A ese enfoque se agrega un libro conmemorativo editado por el **Museo Fray Francisco Vázquez**, que nos deja una idea profusa de la magnífica iconografía creada alrededor del Hermano Pedro desde el siglo XVII a la fecha, escrito por el historiador Ricardo Toledo Palomo, quien se ha destacado por sus enfoques en torno a la historia del arte guatemalteco, enfocándolos como un producto en el que las ideas y el sentir social de una época determinada se materializan en el arte de cada momento.

La obra reseña los aspectos más significativos y permite aclararnos diversos hechos en torno a por qué el santo adquiere determinada fisonomía. Hay referencia a aspectos hasta ahora desconocidos, de la trascendencia iconográfica que el Hermano Pedro de San José de Betancour ha tenido en el mundo, mostrándonos la riqueza artística creada a través de su vida y obra, incluyendo los aportes generados por artistas en Roma, España y toda la América Latina, agregando la visión de los retratos escritos en publicaciones formuladas a lo largo de varios siglos, cuyas páginas brindan un panorama de la existencia, características físicas y espirituales del Santo de Guatemala.

El estudio llevó varias décadas, ante todo porque se inició con una motivación muy particular del autor, quien se internó en el tema a raíz del Congreso Eucarístico celebrado en Guatemala en 1959, en el que organizó una muestra de piezas artísticas en torno a diversos temas de iconografía tratada en Guatemala, enfatizando en la presencia del Hermano Pedro.

Conforme los años avanzaron el conocimiento acerca de la rica iconografía que existía en el país en torno al Hermano Pedro se acrecentó, pero con ello vino un cúmulo de datos que afloraron de las existencias en varios países de la América del Sur, donde sorprenden las pinturas en torno al amado Beato Guatemalteco, figurando dentro de estas, obras de grandes dimensiones en Cajamarca, Almudena en Perú, en Quito, Ecuador y otras más.

Además, se incluyen referencias a los grabados que acerca del Hermano Pedro se realizaron en España y Roma para las ediciones que fueron redactadas en la defensa inicial de la causa, hacia 1741 y 1771, cuando los artistas generaron dos retratos que marcan el desarrollo iconográfico, especialmente en torno a la posición y forma que adopta el rostro.

Hay que agregar que es en Roma donde también nace uno de los capítulos artísticos de gran interés para comprender el mensaje del Hermano Pedro en torno a la Natividad. Fue un artista romano quien ejecutó una composición en la que aparece un nacimiento y a la par de él, el Hermano Pedro venerando aquella escena, el cual dio lugar a que en México se ejecutara también en el siglo XVIII una composición similar, posiblemente mandada a realizar por los Bethlemitas, ya que posee en la parte inferior un escudo de dicha Congregación religiosa.

Fueron quizás estas obras las que influyeron en Guatemala a algún artista anónimo para ejecutar la hornacina que se encuentra en la iglesia de las Beatas de Belén, frente a la plaza de Belén, donde el Hermano Pedro aparece frente a la escena de la natividad realizada en estuco y pintada con todos azules, amarillos y rojos, provista de gran ingenuidad y fervor, la escena deja una secuela de la devoción al Hermano Pedro y su particular impulso a afianzar la exaltación del Niño Jesús, como el misterio más grande que el hombre ha recibido.

En esta forma el libro nos deja una trascendental y se integra a los aportes artísticos que en torno al Hermano. Pero se han formulado en los últimos, agregándose las exposiciones que están siendo presentadas en Museos y Galerías como la del Hermano Pedro del maestro Ramcés del Palacio Nacional en el que el artista brinda una visión del Hermano Pedro con ojos contemporáneos.

Ramcés plantea una apreciación de la vida y virtudes del Hermano Pedro desde una perspectiva surrealista, con cierto abstraccionismo para mostrarnos quizás el fuego de la espiritualidad o bien la interculturalidad que trató de hacer realidad el nuevo santo, mostrándose a través de colores enlazados y manchas que emergen desde fondos negros en los que destaca un halo de luz blanca, reflejando un Hermano Pedro idealizado dentro de un torbellino de ideas y de expresiones que supo unificar para forjar un mensaje que se tornó eterno.

Habría que mencionar muchísimos aspectos más de esta muestra, pero es necesario referir que para complementar el cuadro de expresiones artísticas y culturales se unen las exposiciones de los Museos, en especial el del Hermano Pedro en el interior de la Iglesia de San Francisco de La Antigua en el que se conservan varios retratos de los siglos XVII y XVIII, además de variadas expresiones del sentir popular en torno a la devoción al nuevo santo, lo cual forma un vigor creativo de los siglos XIX y XX.

Finalmente está la muestra de Retratos del Hermano Pedro que presenta el Museo Fray Francisco Vázquez del templo de San Francisco de la ciudad de Guatemala, donde se incluyen varias apreciaciones de los logros creativos formados acerca del hermano Pedro desde el siglo XVII hasta el actual, además de una integración de la bibliografía que se ha formado acerca del Beato durante los siglos XVII al XX.

En esta forma el Hermano Pedro está presente en el arte y la tradición para forjar un mensaje de expresión, forma y color en el que es posible dimensionar su figura y sus anhelos.

El Hermano Pedro presente en la interculturalidad y la tradición

Hay múltiples facetas que pueden visualizarse en torno al Hermano Pedro, pero quizás una de las más interesantes sean la del poder reunir a todos los representantes de etnias y grupos que habitaron en Guatemala durante el período colonial para fijar la integración de los mismos y consolidar el nacimiento de una conciencia propia.

Aunque el Hermano Pedro puede ser referido ampliamente desde una perspectiva religiosa y espiritual, hay también alrededor de él múltiples aportes que nos llevan a apreciar sus valores humanos desde una perspectiva que nos permite reconocer en él, un personaje de conciliación y logros de integración social.

En primer orden su arribo a un espacio geográfico de abundantes étnicas le hizo concentrar su retina en los amplios problemas socioeconómicos derivados de aquella división. Cuando él llega a Guatemala existía un hospital para españoles, dejando al margen la atención a los sectores desposeídos, como españoles pobres, indios y negros, motivándole a desarrollar un programa de atención benéfica que culmina con la creación del hospital de convalecientes.

Contemplándolo con una visión actual, fundar un hospital no tendrá la trascendencia que debió registrar para aquel momento, ante todo porque los sectores desvalidos no contaban con ningún servicio. Fue quizás esta apreciación la que hizo al Hermano Pedro iniciar la atención para una joven negra leprosa que se encontraba en el atrio de una iglesia.

A partir de ese momento vemos a un español, si bien de origen canario, que significaba un espacio fuera del Orden Peninsular, atender a una joven de otro grupo étnico, a la que se sumaron varios indígenas y españoles pobres, que debieron permanecer en un mismo hospital, lo cual obligó a un sentido de conversación e intercambio de opiniones y conocimiento de intereses mutuos e ideas que podían compartir.

Este es el punto de partida para iniciar una conciliación de grupos, pero a la vez abrió la posibilidad de gestar un movimiento integral en el que criollos, españoles pobres, indios y negros tomaran conciencia de sí y para sí, además de vislumbrar un futuro, que hasta entonces les había sido negado.

Es en este sentido que el Hermano Pedro impulsó el orden interétnico, colocando a los representantes de cada uno de los grupos a establecer un diálogo e intercambio por medio de un hospital en el que convalecían los enfermos que ya no podían ser atendidos en los hospitales, o bien que no habían recibido ninguna atención para mejorar su salud.

Esto dio lugar también a un intercambio de opiniones que les permitió formular aspectos formales de cada una de las culturas. Los enfermos conversaron acerca de sus tradiciones, costumbres, formas de vida, y de un sentir de la vida cotidiana que afloró con sinceridad y esparcimiento, generando así un verdadero orden intercultural, en que todos comprendían su sentido de ser y su papel dentro de una sociedad conformada por grupos tan variados.

Pero esto fue tan solo parte del accionamiento que el Hermano Pedro tuvo para alcanzar esta concordia. El segundo paso estuvo en las escuelas de primeras letras que fundó, ya que además de salud buscó también mejoras educativas para los pobres y menesterosos, especialmente los niños a los que era necesario brindarles las herramientas necesarias para afrontar la realidad social en la que vivían.

Es quizás en este capítulo donde podemos contemplar que las acciones del Venerable Hermano se fundamentan también en el orden del franciscanismo puro, que buscaba la conciliación social desde un orden cristiano, en el que todos debían de contemplar en sus semejantes a obras de Dios, en las cuales se debía procurar el bien con amor y entrega, dos principios que llevaron al Hermano Pedro a poner en práctica un proceso de fe con obras.

Las escuelas y los hospitales permitieron que esa bondad se proyectada a todos los sectores, pero a la par de esto fijara en cada uno de los que eran atendidos el deseo de superación y bienestar general, que unido al intercambio de intereses y opiniones formaban la base para un diálogo interétnico e intercultural.

Pero quizás estos aspectos no hubiesen trascendido aún más, si el Hermano Pedro

no hubiese legado también a todos los sectores aislados, y también a los más altos por medio de su espiritualidad y vocación religiosa que le ayudó a fomentar en cada uno costumbres y tradiciones que fijaban determinadas devociones populares.

Es aquí donde surge con impulso franciscano la devoción hacia la Natividad de Jesús la cual se concentra primero en la importancia que el dió a aquel elemento iconográfico, pero agregándole un sentido de religiosidad popular, manifiesta particularmente en las posadas, costumbre de raigambre canaria, donde se celebran aún las jornadas de Belén con pequeñas procesiones de San José y la Virgen María para recordar el camino que siguieron los padres de Jesús antes de su nacimiento para ubicar un lugar donde podría nacer el Emanuel.

El Hermano Pedro trajo desde luego una idea generalizada de que el acontecimiento y celebración, según los patrones culturales de las Canarias, pero a ello agregó su propia sazón, incorporando elementos vernáculos que encontró entre la población, como el uso de las tortugas, chinchines y pitos de barro, todos de origen prehispánico, un motivo que materializó la concordancia entre los diversos grupos étnicos, ya que por una parte fluyó el orden cristiano-español unificándose al orden musical del sentido ritual que imponían los grupos aborígenes.

Esto consolidó uno de los aspectos en que el Hermano Pedro revitalizó el orden de encuentro cultural, fijó posiciones para la interculturalidad y estableció parámetros para alcanzar elementos que más adelante se constituirán en columnas básicas para la identificación cultural de Guatemala, conocida con el término de "identidad".

Su sentido espiritual y labor emprendedora de conciliación de los grupos le llevó a fijar entre la población el uso y costumbre del nacimiento hogareño, un elemento que tipificó las fiestas y que con su presencia fortaleció, ya que esta tradición era conocida desde el siglo XVI pero era al parecer más de uso dentro del interior de los templos, que en las casas particulares.

Es aquí donde su labor desempeña un papel singular, ya que sin duda, impulsó la presencia en los nacimientos de los grupos campesinos y los sectores desposeídos, haciendo renacer el concepto de que Dios nace para todos. Como resultado incorporó pastores con trajes vernáculos y formas de expresión que unidos a la

ingenuidad y creatividad popular de ese momento fijaron una de las más ricas y características de la identidad del chapín.

Pero su deseo de unidad y concordancia entre los pueblos se proyectó mucho más allá del propio territorio de la Capitanía, ya que sus hermanos seguidores, una vez fundada la Orden Bethlemita, establecida en 1697, emprendieron una labor de enseñanza para todos los grupos de la América Hispánica, as' como de servicio social inspirado en la fundación de hospitales para convalecientes, cuya labor se extendió a todos los rincones.

A través de ese movimiento, los logros y enseñanzas del Hermano Pedro llegaron a alcanzar metas insospechadas que permitieron hacerle trascender a su propio tiempo y espacio histórico, para convertirlo en un ciudadano ejemplar de ayer, hoy y siempre, pero particularmente, de lanzar un continuo llamado a la unidad y de aflorar con ideas renovadoras en las que unificó a los grupos pero no para enfrentarlos hacia otros sectores, sino para establecer juntos una concordia que permitió la conciliación humana, social y cultural.